

# INFAMIA



UN THRILLER  
DE MISTERIO DEL  
**DETECTIVE  
HENSLEY**

..  
**RAÚL  
GARBANTES**

Algunas venganzas quedan inconclusas... hasta que llega el momento indicado para cometerlas. Whitechapel es la palabra clave que el detective Hensley y sus compañeros usaron para denominar algunos de los crímenes más horrendos que sucedieron hace veinticinco años en Bar Harbor. El caso fue cerrado gracias a extrañas circunstancias y los asesinatos no se volvieron a cometer, pero Hensley siempre supo que Whitechapel encerraba más misterios y que algún día tendría que encarar la verdad que le ha sido esquiva por tantos años. El detective Hensley, junto a su compañera Sally Lonsdale, enfrentarán una investigación incierta, adentrándose en una realidad en la que ellos podrían convertirse en las principales víctimas.

# **INFAMIA**

Raúl Garbantes

# 1

Hensley corría como si el mismísimo diablo lo persiguiera por las húmedas y frías calles de Bar Harbor. Sus pasos resonaban en el silencio de la noche y los latidos de su corazón estallaban en sus oídos. Dejó atrás Holland Ave y giró a la derecha hacia Cottage Street, teniendo que alzar los brazos para mantener el equilibrio y evitar caer sobre el resbaladizo asfalto. Las horas de sol mermaban las últimas nieves, pero el agónico invierno parecía querer desquitarse durante la madrugada.

Aspiró todo el aire que cabía en sus pulmones y se centró en darle más velocidad a sus piernas. Los pensamientos discurrían al ritmo de sus zancadas y se atropellaban sin llegar a una conclusión que le permitiese sacar nada en claro.

No sentía miedo, aunque lo percibía rondándole no muy lejos de allí, mientras perseguía al principal sospechoso del asesinato de tres jóvenes que había sumido a Bar Harbor en una psicosis permanente. Pese a que, en su opinión, el hecho de que aquel hombre se hubiera negado a identificarse y saliera huyendo después de ello lo convertía en algo más que un sospechoso. El aviso lo dio Joe Rebson, quien llamó a la comisaría afirmando haber visto a un hombre extraño merodear cerca de su casa.

—¿A qué te refieres con extraño, Joe? —dijo el agente de guardia en la centralita aquella noche, que no era otro que Andrew Rebson, hermano mayor de Joe.

–No sabría decírtelo. Manda a alguien y salimos de dudas. –Andrew dibujó una mueca incrédula en su rostro. Su hermano, un hombre que no volvería a cumplir los cincuenta y que disfrutaba de la caza mayor en su tiempo libre, parecía asustado. Soltó el cigarrillo en el cenicero y cogió papel y lápiz.

–¿Puedes decirme algo de ese hombre, Joe?

Al otro lado del teléfono se oyó un suspiro.

–Es de noche, ya sabes –contestó Joe.

–Sí, ya sé que es de noche. ¿Han robado las farolas de Spring Street?

–No, maldición, pero está entre dos halos de luz. Lleva más de veinte minutos ahí sin hacer nada. Tan solo distingo su silueta.

–Eso no es ilegal, Joe.

–Me da mala espina. No hay nadie en la calle a estas horas. ¿Y si es ese hombre?

–¿Qué hombre? –preguntó Andrew.

–Ese hombre, maldición. El asesino de esos muchachos. No estoy diciendo que lo sea, pero lo mejor es que envíes a alguien para salir de dudas.

Andrew tomó aire y suspiró con pesadez. Los asesinatos a los que se refería Joe eran una cuestión que huía de su cabeza a la menor oportunidad. Bar Harbor era un lugar demasiado tranquilo, donde no ocurría nada, donde el tiempo se detenía a veces en la rutinaria vida de sus habitantes. Sin embargo, un par de semanas atrás, el cadáver de un joven ponía patas arriba aquel mundo de remanso, que observaba los males del mundo como si jamás pudieran poner sus pies en la isla. El joven había sido acuchillado tantas veces que su torso terminó convertido en una masa sanguinolenta.

–¿No podría tratarse de un borracho, Joe? ¿Algún turista despistado?

Los recuerdos colmaron su mente mientras se negaba a aceptar la posibilidad mencionada por su hermano: la

expresión de horror de todos los que se acercaron a ver el cadáver; la madre del muchacho, llevada en volandas por los enfermeros mientras gritaba que ese no podía ser su hijo. No hubo testigos y no tenían pruebas que señalaran la dirección que debía tomar la investigación del caso. Lo único que hubo fue un segundo asesinato días después: otro joven, pero la misma violencia.

–Si no vienes, juro por Dios que cojo la escopeta y salgo a la calle –replicó Joe, aunque se asemejaba más a un argumento desesperado que a una exigencia.

–¡No hagas nada! Ahora mismo mando a un agente.

Andrew cortó la llamada y se quedó durante unos segundos como una estatua. Después de descubrirse el segundo cadáver, las cosas fueron de mal en peor. A las puertas del verano, el alcalde Higgins insistió en que todo se manejara con la mayor discreción posible, pero parecía que la mismísima muerte hubiera decidido alargar su estancia en Bar Harbor. El padre del segundo joven, un veterano de la Segunda Guerra Mundial, se ahorcó horas después de haber identificado el cadáver de su hijo. En la investigación participaron agentes de otros cuerpos policiales. El médico forense, el doctor Markesan, que por ese tiempo rondaba los cuarenta años y estaba libre de la artrosis que lo torturaría años más tarde, repetía una y otra vez en la comisaría que aquello había sido obra del mismísimo demonio.

Andrew, en una lucha constante para no dejarse llevar por sus pensamientos, repasó la lista de los agentes de guardia disponibles para enviarlos de inmediato a la calle donde vivía su hermano.

–Agente Hensley, aquí central. Conteste.

Días antes de la llamada de auxilio de Joe Andrew, el demonio salió de caza otra vez llevándose consigo a un muchacho de quince años: el hijo pequeño de una familia que estaba pasando sus vacaciones en la idílica Bar Harbor. Al parecer, el muchacho había querido salir en bici-

cleta, mientras que sus hermanos optaron por irse a pescar. Los testigos que lo vieron antes de desaparecer afirmaron que una camioneta le pisaba los talones, o, más bien, las ruedas, e incluso uno de ellos señaló que el muchacho le hizo algún tipo de gesto al conductor. Todo lo que dijeron de esta persona era que se trataba de un hombre.

—Aquí Hensley.

—Persona sospechosa vista en Spring Street; a la altura del número 37.

—¿Turistas? —preguntó con sorna.

El silencio de Andrew, que no sabía qué código asignarle al aviso, alertó a David.

—No estoy seguro.

—¿Whitechapel? —preguntó el agente Hensley. Whitechapel era el nombre en clave que recibía todo lo relacionado con los asesinatos de los jóvenes, la palabra que para ellos representaba todo lo macabro y extraño de los salvajes crímenes. El nombre provenía del barrio londinense donde Jack el Destripador acabó con la vida de al menos cinco prostitutas.

—Es posible, pero sin confirmar.

—En camino.

Diez minutos después, David Hensley llegó a Spring Street, recorriéndola sumamente despacio, casi con el motor al ralentí, atento a cualquier detalle y preparado para intervenir ante el menor indicio de que estuviera ocurriendo algo. Pero no descubrió nada tras la primera pasada y dio la vuelta al final de la calle, repitiendo el proceso. Fue a mitad de Spring Street cuando entonces lo vio: una silueta, una figura humana que él identificó como masculina, quien, al ver el automóvil de la policía, se dio la vuelta y comenzó a correr en dirección opuesta, dirigiéndose hacia un estrecho callejón.

—¡Alto! —gritó sacando la cabeza por la ventanilla, pero aquel hombre lo desoyó y siguió corriendo—. ¡Demonios!

Dicho esto, salió del automóvil lo más rápido que pudo y comenzó la persecución.

Avanzaba entonces por Cottage Street. El hombre tras el que corría perdía fuelle y cada vez se encontraba más cerca.

—¡Deténgase ahora mismo! —gritó Hensley, aunque sin éxito. Sin embargo, sabía que no iba a llegar mucho más lejos. La pendiente descendiente y el asfalto resbaladizo hacían imposible que ninguno de los dos pudiera girar sin estrellarse contra el suelo. La distancia se reducía, zancada a zancada, hasta llegar a esos segundos en los que Hensley comenzó a plantearse la mejor idea de derribar a aquel hombre. Pero no tuvo oportunidad.

El sujeto que huía de David Hensley quiso girar de manera brusca por Kennebec Street, pero, como era de esperar, sus pies se deslizaron sin control. Apenas se había estabilizado al tomar la curva cuando una camioneta —que, acorde a lo que David anotó en el informe, parecía estar esperando a su presa— lo atropelló brutalmente, escupiendo su cuerpo a varios metros de distancia. David, casi a punto de echarle la mano, pudo bajar la marcha a tiempo, aunque no evitó golpearse con la parte trasera de la camioneta y detenerse, chocando con un vehículo estacionado junto a la acera. El estruendo fue tal que algunos vecinos se despertaron, asomándose a la ventana.

—¡Dios mío!

—¡Que alguien llame a una ambulancia!

David se reincorporó como pudo y se acercó al hombre que yacía sin vida en la carretera, con todos y cada uno de sus miembros retorcidos de una manera grotesca. Después levantó la mirada y, a lo lejos, vio cómo la distancia devoraba las luces traseras de la camioneta.



## 2

–Isaac Furier se llamaba ese desgraciado –dijo David mientras disfrutaba de un insípido café en la sala de descanso de la comisaría. Hacía exactamente veinticinco años del atropello de aquel hombre en plena madrugada. Su compañera, la detective Sally Lonsdale, había escuchado algunos fragmentos de la historia, pero, por lo general, lo ocurrido en aquellos días no desembocaba en una conversación prolífica entre los agentes que aún permanecían activos desde entonces.

–Era el asesino de los muchachos. No hubo más asesinatos después de que lo atropellaran, ¿verdad?

David negó con la cabeza, dando un sorbo al café y mirando hacia ningún lugar.

–Recibió su merecido. Su última víctima no era más que un niño –dijo Sally con resignación.

–Lo recibió..., sea lo que sea que hubiera hecho.

–¿A qué te refieres? Ese hombre era un toxicómano con una larga lista de delitos a sus espaldas. ¿No establecieron el robo como móvil de los asesinatos?

–Así es –dijo David sin apenas mover los labios.

Sally se exasperó y cruzó los brazos.

–¿Qué es lo que sucede? Un par de años más contigo y podré adivinar hasta el último de tus pensamientos.

–Sigue habiendo un asesino suelto –susurró.

–Sí, el hombre que atropelló a Isaac Furier. Estoy de acuerdo contigo en que tiene que pagar también por lo

que hizo, pero no me negarás que es un mal menor en toda esta historia.

David apuró el café y tiró el vaso de plástico a la papera. Después se metió las manos en los bolsillos y contempló a Sally con una mirada apática.

—Supongo que será así. —Bostezó y miró el reloj—. Disculpame, cada vez que veo este día en el calendario se me revuelven las entrañas.

—No te preocupes. ¿Está Louise mejor?

—Sí, es solo un catarro. Nada importante.

—Me alegro —contestó Sally. David se acercó a la ventana y observó cómo la noche se echaba sobre el cielo de Bar Harbor.

—Veinticinco años... —susurró.

### 3

Louise Hensley se encontraba en la cocina cuando David llegó a casa. Este, fiel a su costumbre, se descalzó junto a la puerta, dejó las llaves en la mesita y acarició la fotografía de su hija Helen, que lucía una sonrisa radiante; eterna para él. Vio también el puñado de cartas amontonadas – facturas y muestras de cariño de los bancos–, que optó por dejar para el día siguiente.

–¿Cómo te encuentras, cielo? –preguntó.

–Bastante mejor. Esas pastillas son milagrosas –dijo Louise señalando con el cuchillo hacia la caja de Mucinex.

–¿Puedo besarte entonces? –bromeó David. Louise le respondió con una mueca. Se dieron un beso y David se quedó contemplando la encimera.

–No me digas que toca verduras otra vez.

–Tienen muchos nutrientes y son muy buenas para el resfriado –replicó Louise.

–Yo no estoy resfriado, cariño.

–Tampoco estaría de más que comieras como Dios manda de vez en cuando –añadió la mujer.

–Es maravilloso regresar a casa después de un agotador día de trabajo.

Louise soltó una carcajada, pero continuó cortando verduras, decidida a no variar ni un ápice el menú de la cena. David cogió una cerveza y se sentó a su lado. Fue entonces cuando su esposa reparó en qué día era.

–Oh, cielos, ¿por qué no me lo has dicho? Hoy hace veinticinco años de...

—Así es —la interrumpió David mirando el reloj de la cocina—. Faltan aún un par de horas, para ser más exactos.

—Y sigues sin quitarte esa idea de la cabeza, ¿verdad? —preguntó Louise dedicándole una mirada de complicidad.

—Se me pasará en un par de días. Me ocurre todos los años. Es solo que cuando llega este día soy incapaz de centrarme. Ya sabes que las cosas no se hicieron del todo bien.

David se refería a lo que ocurrió después del atropello de Isaac Furier. A nadie pareció importarle que el conductor de la camioneta se hubiera dado a la fuga, incurriendo en varios delitos a los que David sumaría, sin duda alguna, la premeditación. La gente de Bar Harbor estaba conmocionada por los asesinatos, y el hecho de que estos se detuvieran a raíz del atropello fue suficiente para que Isaac Furier sea declarado, póstumamente, culpable de los asesinatos. Todo encajaba y las familias obtenían el consuelo que tanto ansiaban: Isaac Furier, según la versión oficial, no era más que un drogadicto que, desesperado por conseguir algunos dólares con los cuales pagarse la siguiente dosis, no dudó en acuchillar salvajemente a tres jóvenes, tal vez, cegado por el síndrome de abstinencia que sufría en aquel momento. En cuanto al pequeño detalle del atropello y posterior huida, se llevó a cabo una breve búsqueda por los alrededores, pero poco más. La sensación que se percibía en las calles de Bar Harbor era que el atropello de Isaac Furier fue un acto de justicia suprema, o algo por el estilo. No importaba si lo había cometido un borracho, un asesino o un mapache.

—Las cosas se hicieron como se hicieron. No te martirices más. ¿Hubo más muertes después del atropello? —preguntó Louise apuntándole con el cuchillo.

—No —contestó lacónico.

—¿Y qué puedes deducir de eso? —dijo Louise con ironía.

–Que él era el asesino –afirmó David dejándose llevar por el razonamiento de su esposa.

Ella levantó las manos en señal de triunfo.

–¿A que no ha sido tan difícil? Anda, aún me queda mucha verdura que cortar –dijo guiñándole un ojo–, ve a ducharte. Una buena ducha lo arregla casi todo.

David obedeció a su mujer y pensó que no estaría nada mal despejarse con una buena ducha de agua caliente. Salió de la cocina y se dirigió a las escaleras, pasando de nuevo por delante de la mesita donde estaba la correspondencia del día y el retrato de su hija. Volvió a pasar los dedos por su reluciente rostro y después cogió las cartas que había justo al lado: extractos bancarios, recibos de luz... Las pasó una tras otra hasta que llegó a una carta de papel blanco, sin remitente, sucia y arrugada, como si la hubiera traído el cartero a patadas. En un primer momento pensó que se trataba de publicidad, pero el tacto era diferente; toda en sí lo era. Con solo palparla dedujo que esa carta era diferente a todas las demás cartas que había recibido hasta ese momento. Dejó las demás sobre la mesita y la abrió.

## 4

Louise se ocultaba el rostro con sus manos temblorosas, incrédula, mirando con recelo la fotografía que había sobre la mesa de la cocina. ¿Era real? Mientras David, apoyado con los brazos sobre la mesa y los ojos desorbitados, trataba de encontrar una explicación.

–¿Qué es esto, David? –preguntó Louise.

–No la toques –le contestó, refiriéndose a las fotografías–. Tal vez haya algunas huellas en ella.

–Dios santo.

La fotografía estaba en el interior del sobre que el detective había abierto cuando se dirigía a la ducha; ese sobre blanco, mudo y repleto de mugre. La fotografía, en un primer vistazo, no significó nada para David, al que solo le llamó la atención el año anotado en el reverso: 1992. En cuanto a la imagen en sí, esta mostraba el sur de Main Street a la altura de Village Lane. David creyó que se habrían equivocado en la oficina de correos, pero cuando llegó a la cocina para decírselo a Louise, sintió como su corazón dio un vuelco: en Village Lane había aparecido el cadáver del último joven asesinado, en el lugar exacto que encuadraba la fotografía. Después todo ocurrió demasiado deprisa. La arrojó sobre la mesa, le pidió a Louise que no la tocara por nada del mundo y le contó, a duras penas, que era la fotografía de una de las escenas del crimen años antes de que ocurriera el asesinato.

–Puede que se trate de una broma, David. Todo el mundo sabe qué día es hoy.

Pero ni Louise se creía sus propias palabras. Entre los veteranos no se gastaban bromas en nada relacionado con Whitechapel; no había reglas escritas al respecto, pero tampoco era necesario. Aunque tal deducción implicaba que la carta podía provenir de cualquier parte.

–Hoy hace veinticinco años... Veinticinco malditos años –repitió mientras afinaba sus ojos mirando hacia la fotografía. Louise lo miró y negó con la cabeza.

–¿Qué quieres decir? –preguntó.

David miró a su esposa con intensidad, como si le suplicara no tener que contestarle.

–No lo sé. No lo sé. Has estado todo el día en casa, ¿has visto merodear a alguien?

–Claro que no, David. Te hubiera llamado, por el amor de Dios, ¿qué está ocurriendo? –dijo Louise con la voz entrecortada.

Él volvió a fijar la vista en la carta. Sus manos apretaban el borde de la mesa con tesón.

–Esta carta no la ha traído ningún cartero. No tiene remitente ni ninguna dirección anotada.

–Dios santo –dijo Louise con voz queda. Sintió un escalofrío y no pudo evitar ver a su alrededor, como si una amenaza invisible la estuviera acechando. David se percató de la mirada asustada de su mujer, reaccionando al instante y rodeándola con los brazos.

–Tranquila. Lo más seguro es que se trate de algún gracioso, pero no correremos ningún riesgo, ¿de acuerdo? –Ella asintió con lágrimas en los ojos—. Bien, ahora vístete, ponte ropa cómoda. Nos vamos a la comisaría.

–Pero, David...

Los nervios, el ver a su mujer tan asustada, sacó el policía que David llevaba dentro, cobrando su voz y sus actos una frialdad que Louise había visto en contadas ocasiones.

–Lo más seguro es que dentro de un par de horas nos estemos riendo de todo esto, cariño, pero, para no correr